

Érase una vez una princesa tan, tan soberbia que a todos los príncipes que pedían su mano en matrimonio les imponía un acertijo para casarse con ella y ¡pobre del que no lo adivinara!, porque entonces la princesa les humillaba con sus burlas y les despedía de su presencia para siempre. Uno tras otro, los pretendientes de sangre noble fueron abandonando el palacio con la cabeza gacha, así que la princesa, convencida de ser más ingeniosa que nadie, anunció que se casaría con aquel que resolviera el acertijo, sin importar cuál fuese su condición.



La noticia se propagó como el fuego y en menos de un periquete llegó a oídos de tres sastres a los que el azar había reunido. Los dos mayores enseguida se jactaron de que acertarían a la primera, puesto que no iban a fallar en un simple acertijo habiendo acertado siempre con cada una de sus impecables puntadas; el tercero, un jovenzuelo, jovial donde los haya, aunque un ablandabrevas de tomo y lomo que ni siquiera sabía hacer bien su oficio, dijo, en cambio, contentarse con probar fortuna ya que nunca le falló. A lo que sus dos compañeros de gremio contestaron:

—Quédate en casa y no pierdas el tiempo. Alguien de tan pocas luces como tú nunca llegará lejos.



Pero el sastrecillo, que cuando se empeñaba en algo no cejaba hasta conseguirlo, no se dejó desanimar tan fácilmente. Como sabía que cuando llegara el momento ya se le ocurriría algo para salir del atolladero, allá que se fue tan campante como si fuera el amo del mundo.

Cuando la princesa recibió a los tres sastres, estos dijeron ser capaces de resolver cualquier acertijo, pues estaban seguros de ser los pretendientes de ingenio más agudo que jamás se presentaron ante ella, y ellos, de agujas afiladas, sabían mucho. Al oír esto, la princesa les preguntó, picada por la curiosidad:

—Tengo dos tipos de cabellos en mi cabeza, ¿de qué color son?

